



BIOGRAFÍA
DE UN CUERPO

MÓNICA RODRÍGUEZ



Biografía de un cuerpo

MÓNICA RODRÍGUEZ



Primera edición: abril de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: David de las Heras

© del texto: Mónica Rodríguez, 2018

© Ediciones SM, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-457-1

Depósito legal: M-4250-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Marta y sus compañeros de conservatorio.
A todos los estudiantes de danza.
A los adolescentes que escriben su biografía con el cuerpo.*

Nadie supuso que junto a mí estuviera otro que, al fin, era yo. Siempre me juzgaron idéntico a mí.

PESSOA

El cuerpo manda. Obliga, es un tirano. Lo miro en el espejo a través del vaho. Largo, recién amoldado a esta corpulencia que me desconcierta. Las costillas marcadas, los músculos del vientre esbozados por líneas oscuras, el ombligo. Aún las gotas de agua lo cubren. Pequeñas constelaciones detenidas en la pelusa. El grifo gotea; su sonido metálico es un martilleo rítmico que no quiero escuchar, pero que escucho. Los azulejos del baño están empañados. Bajo la neblina del vapor, contra el espejo, destellan los muslos dorados, casi blancos, el sexo entre las piernas, encogido sobre la mata oscura. Las rodillas formando un pequeño arco. Agacho la cabeza y me detengo en esa visión desde arriba. Estas no son mis piernas. Ni ese pene lánguido, acobardado como si no fuera un tirano, me pertenece. El vello de mis piernas sombrea la piel húmeda, las gotas prendidas en los pelos, aplastados bajo el peso del agua. Son extraños vistos desde esta perspectiva. ¿De quién serán esas piernas? ¿Y esos pies grandes, de hombre? Levanto los dedos y se marcan los tendones como si alguien tirara de una cuerda. La piel se vuelve mansa, lisa, casi deslumbrante por los talones, los costados. Miro tanto esos pies que ya no parecen pies. Me fijo en sus dedos grandes, que debo domar y doblar, estirar. Me pongo de puntillas, desciendo. Hay un pequeño charco en las baldosas, bajo mis plantas. Y la gota del grifo. Clin, clin, clin. Vuelvo a levantar la cabeza. El espejo se ha empañado lo suficiente para que solo vea un borrón de ese cuerpo. Esa pincelada impresionista soy yo. Froto el espejo con la palma de la mano. Mi rostro aparece en el agujero del vaho y sé que es mío. Lo distingo porque lo he visto muchas veces en este mismo espejo, su imagen especular, ahora distinta, más angulosa, menos dulce, con un ligero

vello sobre el labio superior. Pero, aunque haya cambiado, hay algo que es solo mío, que soy yo, un puñado de gestos, esa mirada hosca, tímida, confusa, enmarcada ahora por las pestañas mojadas. No sé qué es, no sé qué soy yo, pero estoy ahí, en ese rostro, que hasta hace poco era suave y blanco como la piel de una cebolla. Sonríe. Los brillos metálicos de los hierros esconden mis dientes. Muevo la boca y siento el rozamiento de los *brackets*, paso la lengua por ellos. Todavía tengo que acostumbrarme a su presión. El agujero del espejo comienza a empañarse de nuevo. Voy desapareciendo y eso me provoca un pequeño vértigo. Entonces empiezo a tiritar. Tengo frío. Mi cuerpo tiene frío. Manda, me obliga a envolverme en la toalla. Me siento en la taza del váter. Sigo tiritando, pero no voy a vestirme, no voy a obedecerle. Miro el desodorante sobre el lavabo. El cuerpo grita cuando suda. Pero ahora tiene frío y no voy a moverme, no. Golpes en la puerta. Me sobresalto. ¡Haz el favor de salir del cuarto de baño! La voz de mi madre. Estoy harto de someterme siempre. El cuerpo, los adultos. Resistiré aquí sentado, tiritando. Clin, clin, clin. Tengo la piel helada, como si una plancha metálica me envolviera. Los músculos tensos de tanto soportar el frío. Las plantas de mis pies mojadas son un trozo de algo que ya no siento, pero son mis pies. Mis pies. Mi torso. Los labios tiritando. El frío. Ya no lo soporto.

El cuerpo gana y me envuelvo en la toalla,

salgo

del cuarto de baño.

También mi madre, que espera fuera impaciente, gana.

2

Soy un dios alojado en el cuerpo de un toro.

3

Estira más.

No puedo.

Claro que puedes. Estira.

Lo hago.

Te tiembla la pierna, no pongas tanta tensión.

Lo intento.

No hay que intentarlo, hay que hacerlo. ¡Estira!

Noto cómo el sudor nace en mis sienes, en mis axilas. Mis mejillas empiezan a arder del esfuerzo. No puedo controlar la tensión, la pierna me tiembla ligeramente. Si me relajo deja de hacerlo, pero entonces no la estiro lo suficiente. Me concentro en el pie, en toda la fuerza del pie, y tiro de él hacia arriba. El muslo ya no aguanta más. La pierna cae desobediente.

¿Quién te ha dicho que la bajas?

La profesora se ha vuelto hacia mí. Grita, golpea el suelo con uno de sus zapatos elásticos y negros.

De inmediato, trato de subirla de nuevo. Noto el hormigueo de la tensión.

Ella se acerca, me sostiene la pierna por el tendón de Aquiles, con firmeza. La misma que desprenden sus ojos inflexibles. La levanta.

Cuidado con la cadera. Controla el peso.

Lo hago. Siento las fibras del músculo interno tirando. Rita, la profesora, suelta la pierna, que se baja ligeramente. Trato de sostenerla, sudo. Me inclino hacia la barra. Mi mano se aferra a ella con demasiada fuerza.

Puedes hacerlo mejor, dice.

Rita cambia de ejercicio, se pasea por la clase. Coloca un hombro, sube una barbilla. Pasa el dedo por la columna vertebral de una espalda que de inmediato se estira. Del cansancio veo la clase borrada por una leve neblina, las luces en el espejo. La profesora detenida frente a Álex asintiendo, el borrón del piano negro, abierto como un féretro, en una esquina de la sala.

Muy bien, Álex.

Dos palmadas.

Centro.

Nos colocamos todos frente al espejo. Hay un ligero murmullo, mientras vamos buscando nuestras posiciones. Mi maillot está sudado. Siento la humedad en la espalda. Clara me mira y sonríe, y algo se encoge dentro de mí. Ella se coloca en segunda fila. Yo trato de ponerme en la primera, no en el centro, en un lateral. Rita está seleccionando la música con el pianista. Álex está en el centro y resopla mirándome cómplice. Nos colocamos. Veo las

figuras en el espejo, todos con las espaldas muy rectas, la cabeza alta, los moños tirantes, los maillots sudados. Respiramos. Me detengo en mi imagen. Ese es mi cuerpo. Lo noto, pulsa dentro de mí, aúlla cansado. Dolorido. Por un instante lo vuelvo a ver como un extraño. Un extraño que me lleva la contraria, me reta.

Cierro los ojos y vuelve a ser mío.

Necesito este dolor para domarlo.

Para bailar.

Me gusta este dolor.

Adagio, dice Rita. Cuando quieras, maestro. Yo abro los ojos. El piano empieza a sonar, las notas caen como nudos de luz por el aula. Levanto un brazo...

4

¿Estás bien?

Claro, por qué lo dices.

No sé, te he visto raro en la clase. Cansado.

No estoy cansado.

¿Vienes a comer?

Ahora voy.

Te cojo sitio.

Veo a Clara alejarse hacia los vestuarios, con la mochila al hombro. El corazón me golpea como cuando termino de hacer los saltos. Sin que yo pueda controlarlo. Tan rápido, tan violento. Golpes de animal vivo. Pero este fluir me gusta. Me hace sonreír y me asusta a un tiempo. Es Clara la que lo desencadena. Ella me dice que me reservará un sitio a su lado en el comedor y abre la compuerta. El torrente del pulso precipitándose. Clara manda sobre mi cuerpo.

Entro en el vestuario de chicos. Álex sale de la ducha, desnudo, dejando un reguero a su paso. Se seca con la toalla el pelo húmedo. Por un momento admiro su cuerpo. Es perfecto para la danza, tiene flexibilidad, empeines, potencia. Álex, muy bien. Álex, perfecto. Álex, si sigues así, serás un gran bailarín. Álex, repítelo, que te vean todos. Álex. Álex. Álex. Agita la cabeza y su pelo en hebras castañas y rubias, del color del tabaco, desprende diminutas gotas, como una aureola. Entonces posa sus ojos, también rubios, en mí

y vuelvo la vista hacia los baños, avergonzado, en un movimiento brusco. Simón y Manuel ya están vestidos, el pelo empapado y negro, repeinado hacia atrás. Me miran a través del espejo cuadrado, incrustado en la pared. Desparejos: Simón, muy alto; Manuel, bajo.

No te va a dar tiempo a comer si no espabilas, tío.

Encojo los hombros. Mi corazón ya se ha calmado. Pienso: Clara, y está calmado. Pero las comisuras de mi boca se dilatan en una sonrisa que provoca su nombre. La contengo mientras miro cómo Simón se echa colonia.

Pero qué haces, marica, eso huele que apesta.

Manu le quita el bote, se pelean de mentira. Se insultan, se dan algún golpe en el bíceps y salen del vestuario arrastrando las mochilas, a voces, riendo, las tarteras colgadas del hombro.

¿Te espero?

Álex me mira mientras se pone la cazadora. Inclina la cabeza ligeramente. Tiene el rostro redondo, aún imberbe, y su belleza es deslumbrante, amarilla, de niña.

No, digo. Me cogen sitio.

¿Clara?

Muestra una sonrisa irónica cuando dice su nombre. Me encojo de hombros. Siento el calor en las mejillas y me ofusco. A ti qué te importa, pienso, y no digo nada. Con brusquedad abro el grifo de la ducha. Un chorro de agua, como un aguacero repentino, cae contra las baldosas. Su estruendo apaga los pasos de Álex. Sus últimas palabras. El reproche.

Se te nota demasiado...

Bajo la ducha, sin saber por qué, grito. Un grito ronco, salido de las entrañas, como una flema que arrojo y que acalla el estallido del agua.

5

Las calles de la ciudad corren veloces. Mi rostro se superpone al asfalto y los edificios de cemento. Un sol intermitente hace desaparecer mi reflejo, me hiere los ojos, se esconde. Ribetea un edificio y me deslumbra de nuevo. El cristal parece alargar su centro amarillo en dos rayos verticales. De pronto las voces del autobús